

Agatha Christie®

UN TRISTE CIPRÉS

El primer caso de
HÉRCULES POIROT
que se resolverá
en los tribunales



ESPASA

AGATHA CHRISTIE
UN TRISTE CIPRÉS

Traducción de H. C. Granch



Sad Cypress © 1940 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie[®]

Traducción de H. C. Granch © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-670-7611-0

Depósito legal: B. 1.035-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1

I

¡U na carta anónima!

Elinor Carlisle contempló estupefacta la hoja de papel que tenía en las manos.

Era la primera vez que recibía una cosa semejante. Le producía una sensación desagradable. Mal escrita, con pésima ortografía y en un papel rosado de ínfima calidad, la carta decía así:

*Lapresente es parbertirle que ai algien que esta yenando dar-
rrumacos a su tia y si usted no tiene cuidado no recibira ni un
penique cuando muera. Usted ya save que las biejas se derri-
ten cuando las jobenes les dan coba con arte y la que tiene a
su lado es más fina que el coral. Benga a berlo usted misma.
Eso es lo mejor. Sino lo ace así, usted y el joben caballero per-
derán todos sus derechos y ya verá como todo es pa ella.*

Uno que la quiere vien

Elinor estaba aún con la vista fija en aquella extraña carta, enarcando las finas cejas y sintiendo un profundo desprecio por su contenido, cuando la puerta se abrió y la doncella anunció:

—El señor Welman.

Y Roddy entró.

¡Roddy...! Como siempre que lo veía, Elinor experimentó un sentimiento ligeramente frívolo, una palpitación de placer repentino, una sensación extraña que pretendía ser positiva y poco emotiva.

Era indudable que, aunque Roddy la amaba, no era con la misma pasión que ella parecía experimentar. Cuando lo vio aparecer, el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que casi le hacía daño. Era absurdo que un hombre ordinario..., sí, sí, un joven completamente vulgar, fuese capaz de producirle un sentimiento como aquel. El amor era, sin duda, una emoción agradable..., no aquello, que dolía por su intensidad.

Una cosa era cierta: debía tener mucho cuidado con exteriorizar sus sentimientos. A los hombres no les gustaban la devoción ni la adoración. Por lo menos, a Roddy...

—¡Hola, Roddy! —exclamó Elinor con indiferencia.

—¡Hola, Elinor! —repuso él con el mismo tono—. Qué expresión más trágica, querida. ¿Es una factura? Elinor negó con la cabeza.

—Pensé que tal vez... —dijo Roddy—. Ya sabes que a mediados del verano es cuando empiezan los bailes y las fiestas y... hay que liquidar las cuentas con las modistas...

Elinor lo interrumpió en sus divagaciones.

—Es algo horrible, Roddy. Una carta anónima.

Las cejas del hombre salieron disparadas hacia arriba. Su indiferente rostro se arrugó.

—¡No! —exclamó con disgusto.

—Es algo horrible... —repitió Elinor, y se aproximó a su escritorio—. Es mejor que la rompa.

Debería haberlo hecho... Estuvo a punto de hacerlo, porque Roddy y las cartas anónimas eran dos cosas que no debían compartir el más mínimo espacio. Él, por su parte, no lo habría evitado. La aprensión era en él mucho más fuerte que la curiosidad.

Pero, impulsivamente, Elinor decidió lo contrario.

—Será mejor que la leas antes —dijo—. Luego la quemaremos. Se trata de tía Laura.

Roddy abrió los ojos, sorprendido.

—¿De tía Laura?

Cogió la carta, la leyó frunciendo el entrecejo con expresión de disgusto, y se la devolvió.

—Sí —dijo—. Hay que quemarla. ¡Qué gente más rara!

—Debe de haber sido uno de los criados. ¿No te parece? —sugirió Elinor.

—Supongo que sí. —Roddy titubeó un instante—. Me estoy preguntando quién será esa joven de la que hablan en la carta.

—Creo que debe de ser Mary Gerrard —replicó Elinor pensativa.

Roddy arrugó la frente en un esfuerzo por recordar.

—¿Mary Gerrard?... ¿Quién es?

—La hija del guarda. ¿No te acuerdas de cuando era una chiquilla? La tía le tomó cariño y se interesó extraordinariamente por ella. Le pagó el colegio y también las clases de piano, de francés y...

Roddy la interrumpió.

—Sí, sí, ahora me acuerdo. Una chiquilla flaca que no era más que piernas y brazos, con un mechón de cabellos rubios y enmarañados.

Elinor asintió.

—Sí, pero se nota que no has estado en Hunterbury

desde aquellas vacaciones de verano que papá y mamá pasaron en el extranjero. Si hubieses ido tanto como yo, te habrías enterado de que ha estado en Alemania de *au pair* hace poco y que...

—¿Qué aspecto tiene ahora? —inquirió Roddy distraído.

—Ahora está bastante guapa —repuso Elinor—. Además, tiene unos modales encantadores como resultado de su excelente educación, y nadie diría que es hija del viejo Gerrard.

—En resumen, que se ha convertido en toda una señorita, ¿verdad?

—En efecto, y, como es natural, ahora no se encuentra a gusto en la casa del guarda. La señora Gerrard murió hace unos años, y Mary no congenia con su padre. Él se burla continuamente de su cuidada pronunciación y de sus delicadas maneras.

Roddy estalló, irritado.

—La gente no quiere darse cuenta del daño que causan con la «educación». A veces no tiene nada de bondadoso; es realmente una crueldad.

Elinor prosiguió.

—Creo que se pasa casi todo el día arriba, en la casa. Ella es la que lee en voz alta los periódicos a tía Laura desde que tuvo el primer ataque.

—¿Por qué no se los lee la enfermera? —preguntó Roddy.

Elinor respondió con una sonrisa.

—La señorita O'Brien, la enfermera, tiene un acento que haría necesario un intérprete para comprenderla. No me extraña que tía Laura prefiera a Mary.

Roddy paseó nerviosamente por la habitación durante un par de minutos.

—¡Tenemos que ir, Elinor! —exclamó al fin.

—¿Por esto que...?

—No, no, ¡qué va!... Bueno, al fin y al cabo, debemos ser sinceros. ¡Sí! A pesar de lo vulgar que es esa carta, puede que haya algo de verdad en ella. Tal vez la tía esté muy enferma...

—De acuerdo, Roddy.

Él la miró y entreabrió los labios mostrando su atractiva sonrisa.

—Y el dinero nos interesa, Elinor —dijo.

La joven asintió rápidamente.

—¡Oh, por supuesto!

—No es que yo sea un mercenario —añadió Roddy con repentina ansiedad—, pero sabes que tía Laura ha dicho innumerables veces que tú y yo somos sus únicos familiares. Tú eres su sobrina carnal, la hija de su hermano, y yo soy sobrino de su esposo. Siempre nos ha dado a entender que, después de su fallecimiento, todo lo que tiene iría a parar a uno de nosotros o a los dos a la vez. Y es una herencia que vale la pena, Elinor.

—Sí —respondió ella, pensativa—; debe de tener bastante dinero.

—Los gastos que suponen el mantenimiento de Highbury, por ejemplo, no son ninguna bicoca... El tío Henry estaba casi arruinado cuando tropezó con tía Laura. Pero ella estaba a punto de heredar. Tía Laura y tu padre recibieron una fortuna importante tras la muerte de tus abuelos. ¡Lástima que tu padre se dedicara a especular y lo perdiera casi todo!

Elinor suspiró.

—El pobre papá no era un águila para los negocios. Dejó sus asuntos bastante enredados cuando murió.

—Sí, tía Laura tenía más cabeza que tu padre. Cuando se casó con el tío Henry, compró Hunterbury; no hace mucho, me dijo que ha tenido siempre mucha suerte en las inversiones que ha hecho. Prácticamente nunca ha fracasado.

—El tío Henry le dejó al morir todo lo que tenía, ¿verdad?

Roddy asintió.

—Sí. Fue una tragedia que muriera tan pronto. Y ella no ha querido volver a casarse. Ha sido fiel como un mastín. Y demasiado buena con nosotros. Siempre me ha tratado como si fuera su sobrino carnal. Me ha ayudado cada vez que me he visto en un apuro. Por suerte, algo que no ha sucedido con mucha frecuencia.

—Conmigo también ha sido muy generosa —dijo Elinor agradecida.

Roddy asintió.

—Tía Laura es la simpatía personificada. ¿Sabes, Elinor, que vivimos de un modo bastante extravagante teniendo en cuenta nuestros bienes?

Ella respondió tristemente.

—Creo que tienes razón. ¡Todo esto es tan caro!... Los vestidos, el peinado, el maquillaje..., y todas las tonterías, como el cine, los cócteles... y los discos.

—Querida, eres como los lirios del campo. Ni trabajas ni hilas —repuso Roddy.

—¿Crees que debería hacerlo? —dijo Elinor mirándolo de reojo.

Él movió la cabeza.

—Me gustas tal como eres: delicada, inaccesible e irónica. Me fastidiaría ver que te conviertes en una persona formal. Quiero decir que, si no hubiese sido por tía Laura, ahora estarías empleada en alguna oscura oficina o

en cualquier taller desapacible. —Se interrumpió y prosiguió de inmediato—: Lo mismo que yo. Tengo un buen empleo. En el despacho de Lewis y Hume no se trabaja demasiado y me va de maravilla. Con ese empleo pongo a salvo mi honorabilidad; pero ten en cuenta que si no me preocupo por el futuro se debe a que tengo mis esperanzas puestas en tía Laura.

—¡Somos verdaderas sanguijuelas! —exclamó Elinor.

—¡No digas tonterías! Nos han dado a entender que algún día seremos ricos y, naturalmente, eso influye en nuestros actos y en nuestra conducta.

—La tía Laura no nos ha dicho nunca cómo repartirá su fortuna —dijo Elinor pensativa.

—¡No importa! —replicó Roddy—. Con toda seguridad la dividirá entre nosotros; pero si no fuese así, si te la cediera toda a ti, por ser tú su sobrina carnal, yo participaría de todas formas, porque pienso casarme contigo. Por supuesto, en el caso de que nuestra querida viejecita quisiera dejarme a mí todo lo que posee, basándose en que yo soy el único representante varón de los Welman..., pues lo repartiríamos también, porque tú te casarás conmigo. ¡Qué suerte que nos hayamos enamorado el uno del otro!... Porque tú me quieres, ¿verdad, Elinor?

Ella respondió con frialdad, casi forzada.

—Sí.

—Sí —repitió Roddy imitándola—. Eres adorable, Elinor. Te pareces a *la Princesse Lontaine...*, tan seria, tan fría... Eso es precisamente lo que hace que te ame como te amo.

—¿Sí? —dijo Elinor con indiferencia, conteniendo el aliento.

—Sí —replicó Roddy frunciendo el ceño—. Algunas mujeres son tan empalagosas..., no sé cómo explicártelo..., tan poco dueñas de sí mismas, que dejan traslucir siempre sus sentimientos. ¡No podría resistir tal cosa! Sin embargo, tú eres una esfinge... Nadie adivinaría qué es lo que piensas, ni si sufres o gozas... Eres una obra de arte, querida... ¡Eres perfecta! —Hizo una pausa y continuó—: Seremos un matrimonio modelo... Nos queremos bastante, sin exageraciones. Somos excelentes amigos. Tenemos muchos gustos en común. Poseemos todas las ventajas del parentesco, sin las desventajas de la identidad de sangre. Nos conocemos perfectamente. Jamás podré cansarme de ti, tan esquiva e inasible. Tú, sin embargo, sí es probable que llegues a cansarte de mí. ¡Soy un hombre tan vulgar!...

Elinor negó con la cabeza.

—Nunca me cansaré de ti, Roddy... Jamás.

—¡Amor mío! Creo que tía Laura sabe ya lo que hay entre nosotros, aunque hace muchísimo tiempo que no vamos a Hunterbury. Esto nos da una excelente excusa para ir a verla. ¿Qué te parece?

Elinor asintió.

—Sí. Estaba yo pensando el otro día...

Roddy terminó la frase por ella.

—... que no la hemos visitado todo lo que habríamos debido. Estoy de acuerdo. Cuando sufrió su primer ataque, íbamos casi todos los fines de semana. Y ahora hace ya casi dos meses que no aparecemos por allí.

—Habríamos ido si nos lo hubiera pedido... Enseguida —dijo Elinor.

—Sí, claro. Y sabemos que está muy contenta con la enfermera O'Brien, quien la cuida muy bien. Por otra

parte, tal vez hayamos sido un poco confiados. No me refiero al dinero..., sino a los sentimientos.

Elinor asintió.

—Comprendo.

—Pues bien —continuó el joven—, esa sucia carta no nos va a venir mal, después de todo. Iremos a defender nuestros intereses y a demostrar a tía Laura que la queremos de verdad.

Encendió una cerilla, cogió la carta de la mano de Elinor y le prendió fuego.

—¿Quién diablos puede haber escrito esto? —exclamó—. No es que me preocupe... Alguien que «nos junta», como decíamos cuando éramos chiquillos. Tal vez nos hayan hecho un favor. ¿Recuerdas a la madre de Jim Partington?... Se fue a vivir a la Riviera. Allí la asistió un médico italiano, y ella se enamoró de él tan locamente que le dejó hasta el último penique. Jim y sus hermanas han intentado anular el testamento, pero ha sido imposible.

—A tía Laura le gusta el médico que la cuida por recomendación del doctor Ransome —dijo Elinor—, pero no hasta ese extremo. Además, en esa insidiosa carta se menciona a una chica... Debe de ser Mary.

Roddy se levantó.

—Eso lo veremos con nuestros propios ojos.

II

La enfermera O'Brien salió del dormitorio de la señora Welman y entró en el cuarto de baño.

—Voy a calentar agua. Le apetece una taza de té, ¿verdad? —preguntó desde allí.

—Por supuesto, querida —respondió sosegada la enfermera Hopkins—. Una taza de té viene bien a cualquier hora. Siempre he dicho que no hay nada como una taza de té bien cargada.

—Aquí lo tengo todo dispuesto, en este armarito... —susurró la enfermera O'Brien mientras llenaba la tetera y encendía el gas—. El bote de té, tazas y azúcar... Edna me trae leche fresca dos veces al día... Así no tengo necesidad de estar tocando timbres continuamente... Este fogón de gas es estupendo. El agua hierve en un segundo.

La enfermera O'Brien era una mujer pelirroja de treinta años con dientes de blancura deslumbrante, cara pecosa, sonrisa atractiva y la estatura de un hombre de campo. Por su vitalidad y simpatía era la favorita de los enfermos a los que asistía. La señorita Hopkins, la enfermera del distrito, que venía todas las mañanas a ayudar a hacer la cama y la *toilette* de la enferma, era una mujer de mediana edad, facciones ordinarias y muy briosa.

—Todo en esta casa es perfecto —dijo con gesto de aprobación.

—Sí —convino la enfermera O'Brien—. Es algo antigua, sin calefacción central, pero hay chimeneas en casi todas las habitaciones, y las doncellas son amabilísimas. La señora Bishop es un ama de llaves inmejorable.

—Estas muchachas modernas... —repuso la enfermera Hopkins—. No las puedo soportar... Hay muchas que no sé qué es lo que quieren o qué se creen... Casi ninguna conoce sus obligaciones.

—Mary Gerrard es una chica encantadora —aseguró la enfermera O'Brien—. Creo que la señora Welman no podría pasar sin su ayuda. ¿Ha visto usted cómo ha pre-

guntado por ella? Estoy segura de que a esa chica no le faltará de nada mientras la señora viva..., y aun si muriese...

—Mary me da lástima —terció la enfermera Hopkins—. Su padre no la quiere en absoluto.

—Ese viejo cicatero es incapaz de decirle una palabra amable —añadió la enfermera O'Brien—. ¡Mire, ya pita la tetera! Voy a echar el té.

Una vez preparado, las dos mujeres se sentaron a beberlo en la habitación de la enfermera O'Brien, junto al dormitorio de la señora Welman.

—El señor Welman y la señorita Carlisle no tardarán en llegar —dijo la enfermera O'Brien—. Hemos recibido un telegrama suyo esta mañana.

—¡Ah, sí! —exclamó su colega—. Ahora me explico por qué estaba tan emocionada la enferma. Debe de hacer mucho tiempo que no vienen por aquí.

—Más de dos meses. El señor Welman es un caballero muy agradable; parece muy orgulloso y algo retraído.

—Vi una fotografía de ella el otro día en el *Tatler* —dijo la enfermera Hopkins—. Estaba acompañada de un amigo, en Newmarket.

—Es conocidísima en la alta sociedad. ¡Y lleva siempre unos vestidos tan bonitos! ¿No cree usted que es maravillosa?

—Es difícil saber cómo son estas muchachas debajo del maquillaje. En mi opinión, Mary Gerrard vale mucho más que ella.

La enfermera O'Brien se humedeció los labios e inclinó la cabeza.

—Tal vez tenga usted razón —dijo, y luego añadió con aire triunfal—: Pero Mary carece de estilo.

—Las buenas plumas hacen hermosos pájaros —replicó la otra sentenciosamente.

—¿Quiere otra taza de té?

—Sí, gracias.

Las dos mujeres se inclinaron sobre las humeantes tazas. La enfermera O'Brien rompió el corto silencio.

—Anoche ocurrió una cosa muy extraña —dijo en voz baja—. A las dos de la mañana entré para ver si nuestra querida enferma estaba bien, como es mi costumbre, y la encontré despierta. Debía de haber estado soñando, porque cuando llegué decía: «La fotografía... ¡Quiero la fotografía!».

—¿Qué fotografía era?

—Ahora verá... Yo le dije: «Claro, señora Welman, pero ¿no podría usted esperar a mañana?». Y ella me contestó: «No, ¡quiero verla ahora mismo!». «¿Dónde está la fotografía?», le pregunté. «¿Se refiere a la del señor Roderick?». Y ella me respondió: «¿Ro-de-rick?... No... ¡La de Lewis!». Empezó a forcejear para incorporarse; la ayudé, y ella sacó de la cajita que hay al lado de su cama un manojo de llaves y me pidió que abriese el segundo cajón de la cómoda; allí encontré una fotografía con marco de plata, de gran tamaño. ¡Qué hombre más guapo el de la foto! En una esquina del retrato, leí su nombre: «Lewis». Era un retrato muy antiguo, desde luego. La fotografía debía de tener muchos años. Se la llevé y ella se quedó largo rato contemplándola y murmurando: «¡Lewis..., Lewis!». Luego suspiró hondo y, devolviéndomela, me pidió que la guardase donde estaba. Y... ¿querrá creerme si le digo que cuando volví a su lado dormía tan dulcemente como un bebé?

—¿Cree usted que era su marido? —preguntó la enfermera Hopkins.

—¡No! Esta mañana he preguntado a la señora Bishop cómo se llamaba el señor Welman y me ha dicho que... ¡Henry!

Las dos mujeres se miraron extrañadas. La punta de la larga nariz de la enfermera Hopkins se estremeció de la emoción.

—¡Lewis..., Lewis! —dijo pensativa—. Nunca he oído ese nombre por estos lares.

—¡Debe de hacer muchos años de eso! —apuntó la enfermera O'Brien.

—Sí, desde luego. Y yo no llevo aquí más que dos años. Sin embargo, me pregunto...

La enfermera O'Brien la interrumpió.

—¡Era un hombre extraordinariamente guapo! ¡Apostaría a que era oficial de caballería!

—¡Es muy interesante! —dijo la enfermera Hopkins tras tomar un sorbo de té.

—Tal vez se amaban cuando eran niños y un padre cruel los separó... —exclamó su compañera en un arrebato de romanticismo.

La enfermera Hopkins completó el pensamiento de su colega, diciendo con un suspiro hondísimo:

—Es probable que luego lo mataran en la guerra.

III

Cuando la enfermera Hopkins, agradablemente estimulada por el té y los pensamientos románticos, salió de la suntuosa residencia, Mary Gerrard corrió tras ella.

—¿Me permite que vaya hasta el pueblo con usted?

—Por supuesto, querida.

—Tengo que hablar con usted —dijo Mary Gerrard casi sin aliento—. ¡Estoy tan preocupada!...

La enfermera la miró con cariño.

A los veintiún años, Mary Gerrard era una criatura encantadora, con la irrealidad de la rosa silvestre flotando a su alrededor como una aureola. Tenía el cuello largo, como de cisne, y nacarado; el cabello le caía en dorados bucles que reflejaban la luz del sol, enmarcándole la cabeza, exquisitamente modelada. Los ojos, de color azul oscuro, chispeaban inteligentes.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó la enfermera Hopkins.

—Pues que pasa el tiempo y no hago nada.

—Tendrá tiempo de sobra para lo que se proponga.

—Es verdad, pero no puedo seguir viviendo así. La señora Welman es demasiado bondadosa. El colegio y mi estancia en el extranjero deben de haberle ocasionado gastos enormes. Ahora quisiera empezar a ganarme el pan. Quiero aprender algo de provecho. —La enfermera movió la cabeza asintiendo—. Estoy malgastando mi tiempo y mi juventud. He intentado explicar mis intenciones a la señora Welman, pero no quiere comprenderme. Dice, como usted, que ya tendré tiempo.

—Tenga en cuenta que está enferma.

Mary se ruborizó, entristecida.

—Sí, y supongo que no debo contrariarla en nada. Pero esta situación es muy preocupante, ¡y a veces papá es tan brutal! Siempre está burlándose de mí por ser holgazana. No puedo continuar así.

—Ya lo veo.

—Lo malo es que el aprendizaje de un oficio siempre exige un gasto que yo no puedo permitirme. Ahora sé bastante alemán y tal vez me sirva de algo. Pero mi idea

es encontrar trabajo como enfermera en un hospital. Me gusta cuidar a los pacientes.

—Tenga en cuenta que para eso hace falta tener estómago —replicó la enfermera con crudeza.

—No me importa. Yo soy fuerte. Y tengo aptitudes para ese tipo de trabajo. La hermana de mi madre, que vive en Nueva Zelanda, es enfermera. Como puede comprobar, lo llevo en la sangre.

—¿Por qué no aprende a dar masajes? —sugirió la enfermera Hopkins—. Con los masajes podría ganar mucho dinero. O podría estudiar en Norland para niñera. A usted le gustan los niños.

—Debe de ser muy caro aprender, ¿verdad? —contestó Mary, titubeando—. Yo esperaba..., pero temo abusar de ella... Ya ha hecho bastante por mí.

—¿Se refiere a la señora Welman? No diga tonterías. En cualquier caso, estaría cumpliendo con su deber. Hasta ahora le ha dado una educación superficial, ya que no la ha puesto en condiciones de ganarse la vida por sí sola. ¿Por qué no se dedica a dar clases?

—No me creo lo bastante capacitada.

—¡Lo que le pasa a usted es que es demasiado tímida! Siga usted mi consejo, Mary. Tenga paciencia; como le he dicho, la señora Welman está obligada a proporcionarle los medios para ganarse la vida honradamente. Esté segura de que ella tiene tal intención. Se ha encariñado tanto con usted que, por ahora, no le permitiría en absoluto que se marchara de su lado.

—¿Lo cree usted de veras? —preguntó Mary, tartamudeando de emoción.

—No me cabe la menor duda. La pobre señora es incapaz de hacer el más leve movimiento, con todo un lado paralizado..., y se desespera cuando no tiene a na-

die que la distraiga. En usted ha encontrado una compañera ideal que no podría pagar con todo el dinero que posee.

—Si piensa usted de veras lo que dice, me tranquiliza —murmuró Mary—. ¡Quiero tanto a la señora Welman!... ¡Ha sido siempre tan buena conmigo!... ¡Sería capaz de cualquier cosa por ella!

—Entonces, lo mejor que puede hacer es seguir acompañándola y no preocuparse... —repuso la enfermera Hopkins—. ¡No estará así mucho tiempo!...

Mary se sobresaltó.

—¿Quiere usted decir?...

—Ahora se encuentra bien..., pero esa mejoría no durará mucho. No tardará en sufrir un segundo ataque y luego un tercero... Lo sé por experiencia. Tenga paciencia, hija mía; procure endulzar los últimos días de la enferma; esa será la mejor acción que habrá hecho usted en su vida. Luego podrá dedicarse a buscar un empleo acorde a sus conocimientos.

—Es usted muy amable —dijo Mary.

—¡Mire! —exclamó la enfermera Hopkins—. Ahora sale su padre de casa y no parece que piense pasar un día agradable, por lo que veo.

Las dos mujeres se encontraban junto a las grandes puertas de hierro. Por la escalera de la casa del guarda apareció un anciano encorvado que descendió fatigosamente los escalones.

La enfermera Hopkins lo saludó jovial.

—¡Buenos días, señor Gerrard!

—¡Bah! —respondió Ephraim Gerrard con enojo.

—¡Hace buen día! —se atrevió a decir la enfermera.

—¡Para usted, tal vez, pero no para mí! El lumbago me está martirizando.

—Eso es por la humedad de la semana pasada. Con el tiempo seco del que disfrutamos ahora, mejorará mucho.

El aire profesional de la mujer encolerizó al anciano.

—¡Oh, enfermeras, enfermeras!... —gruñó—. ¡Sois todas iguales! ¡Con qué amabilidad hipócrita tratáis a los que sufrimos..., y qué poco os importamos! Mire a Mary. Creí que aspiraría a algo mejor que a ser enfermera, con todos esos conocimientos que ha adquirido: alemán, francés, piano..., y los modales de gran señora que se ha traído del extranjero...

—¡Qué más quisiera yo que ser enfermera de un hospital! —repuso Mary, disgustada.

—Sí... ¡Qué bien ibas a estar!... ¡A ti lo que te gusta es no hacer nada..., nada de provecho! Te conozco de sobra.

Mary protestó, con los ojos cuajados de lágrimas.

—¡Eso no es verdad, papá! ¡No tienes motivos para hablar así!

La enfermera Hopkins intervino para poner fin a la disputa.

—Señor Gerrard, ya veo que hoy no se encuentra demasiado bien y no piensa lo que dice. Mary es una chica excelente y una buena hija.

—Ya no es mi hija..., con ese acento francés o alemán y ese aire de emperatriz... ¡Puaj! —Volvió la espalda y regresó a la casa.

—¿Ve usted, enfermera? —exclamó Mary sollozando—. No razona en absoluto... Nunca me ha querido. Mi pobre madre siempre tenía que defenderme de él...

—No se preocupe —dijo la enfermera amablemente—. Esos sufrimientos nos los envía Dios para poner-

nos a prueba. Bueno, me marchó, que todavía tengo mucho que hacer. ¡Hasta mañana!

Mientras observaba a la briosa figura alejarse, Mary Gerrard pensaba con desesperación que, en realidad, nadie tenía intención de ser bueno con ella ni de ayudarla. La enfermera Hopkins, a pesar de su amabilidad, no hacía sino valerse de una retahíla de lugares comunes que ofrecía con aires de novedad.

«¿Qué voy a hacer?», se decía Mary con desconsuelo.